

Como lirios inquebrantables

Graciela A. Murillo Paniagua

PREÁMBULO

Hace tiempo, en la publicidad de una universidad virtual se anunció un curso de historia cuyo objetivo era capacitar a los estudiantes para escribir la historia de su entorno: su región, su ciudad, su familia... Se afirmaba que la Historia con mayúscula es sólo una parte del registro de la humanidad, la otra parte —de igual importancia— la constituyen las historias de personas comunes y corrientes mediante las cuales conocemos la realidad en un lugar y en un momento dado, conjunto que proporciona la visión completa del acontecer humano.

Poco tiempo después conocí la propuesta del historiador mexicano Luis González y González respecto a la trascendencia de documentar la historia familiar.

Por estos dos caminos pude apreciar la importancia de registrar la vida de mis antepasados, por lo que le pedí a mi madre que grabara sus recuerdos. Las mujeres que me antecieron en línea materna siempre me han resultado muy atractivas. De mi tatarabuela sólo conozco una imagen; de mi bisabuela y de mi abuela, unas pocas fotografías muestran a mujeres de mediana estatura, morenas, con el cabello y los ojos negros. Una tía abuela que conoció a mi abuela, con frecuencia me decía: "Te pareces a Martina". Y yo me sentía halagada, sobre todo porque por algún cauce genético yo, como ella, decidí ser maestra. Por consiguiente, me he considerado heredera no sólo de sus rasgos físicos, sino también de su pasión por la enseñanza.

Al escribir sobre la vida de mis antecesoras quiero dejar testimonio de los sueños, las luchas, los logros, la soledad y el amor de esas mujeres que vivieron en condiciones difíciles. De esta manera contribuyo a rescatar parte de la historia de las mujeres mexicanas

que súbitamente se han convertido en jefas de familia. Mujeres que superaron obstáculos a partir de una fuerza interior generada en medio de tragedias, que no sólo dieron sustento material sino, sobre todo, transmitieron el amor suficiente para sentir la vida como un bello milagro cotidianamente renovado.

Mujer ejemplar, no es fácil hallarla;

vale más que las piedras preciosas.
Habla siempre con sabiduría,
y da con amor sus enseñanzas.
Está atenta a la marcha de su casa
y jamás come lo que no ha ganado.

Proverbios 30: 1, 26 y 27
Biblia de estudio

LA SOLEDAD

Cuando Rosa Linares entró a su casa, desde la puerta vio en el suelo el cadáver de su esposo. Sobre el torso encontró sentada a su pequeña hija de sólo unos cuantos meses jugando divertida porque se le pegaban las manos con el líquido espeso de la sangre, cuyo hedor comenzaba a esparcirse por la humilde habitación.

La mujer ya no tenía aliento, antes había corrido tras el batallón que se había llevado en la leva a sus dos hijos. Había implorado, llorado y gritado sin conseguir rescatar siquiera a uno de los jovencitos. Ahora, al retornar a su casa, se halló también sin esposo. No dudó de que los asesinos habían sido los mismos soldados, pues con seguridad se había opuesto a la recluta de sus muchachos. Cuando ella regresaba a su casa trayendo agua, encontró al grupo de militares arrastrando a sus hijos y se fue tras ellos con la esperanza de recuperarlos. De vuelta, presencié la trágica escena.

Ahora nada tenía sentido, las risas de la pequeñita resultaban tan inexplicables como la ausencia de los tres varones de su familia. Sintiendo al filo del abismo, Rosa se dio cuenta de que debía reaccionar, no podía dejarse llevar por la desesperación y el dolor porque era urgente quitar a esa niñita de encima del muerto. Rosa

tomó a su hijita de los brazos e imploró fortaleza a Dios, pues en esos momentos supo con certeza que la pequeña dependía únicamente de ella para sobrevivir.

Hasta ese aciago día de 1858, Rosa había habitado con su familia en esa casita cerca del pueblo de Cancandón, ubicado en tierras hidalguenses. Su esposo, Felipe León, y sus dos hijos labraban sus reducidas tierras, cultivando principalmente ajos, la mejor siembra para aquellos terrenos áridos, y recolectando el fruto de unos pinos piñoneros. Los domingos iban al mercado de Zimapán a vender, y con lo obtenido compraban lo básico para seguir subsistiendo. Eran muy pobres y se mantenían con muy poco. Siendo campesinos e indígenas ñahñú (entonces conocidos como otomíes), no podían aspirar a mejorar sustancialmente sus condiciones de vida.

Tiempo atrás, el 5 de marzo, la familia se había alegrado con el nacimiento de la pequeña. Éste había sido un hecho inesperado, pues el marido era un hombre cercano a la vejez y los dos hijos ya eran unos jovencitos. Como consideraron a esta hija una gran bendición, los padres decidieron llamarla El Dulce Nombre de Jesús, si bien cotidianamente le decían Chuchita.

Rosa guardó duelo por su esposo durante todos los años siguientes de su existencia. Sola, siendo ya jefa de familia, se ocupó de las duras faenas del campo. En las primaveras escogía los mejores dientes de la periferia de los bulbos de ajo y los sembraba. Después, veía cómo se iban elevando las hojas largas, planas, estrechas y contorneadas de las plantas; luego sólo necesitaba hacer un par de escardas, pues el agua de la lluvia era suficiente para que los tallos crecieran alrededor de medio metro. Cada otoño desenterraba los bulbos, los reunía en manojos y los dejaba secar con el fin de tenerlos listos para su venta. También continuó recogiendo la cosecha de piñones. Las faenas agrícolas, sin embargo, no fueron una carga insoportable porque Rosa, como herencia de su cultura indígena, se había integrado a la naturaleza y disfrutaba de la vida al aire libre.

Nunca supo el destino de sus hijos varones forzados a convertirse

en soldados en una época de constantes guerras internas. Toda su familia se limitó a Chuchita. Rosa trabajaba amparada en la gracia divina; vivía con sencillez y con alegría. Alguien ha dicho que las actividades distintivas de los ñañhúes son cantar y sembrar, por ello, las jornadas la dejaban agotada, pero complacida por tener a su hijita y poder darle alimento y abrigo.

Existe una fotografía de Rosa; es una foto sepia, tomada en un estudio. El rostro femenino es alargado, la nariz recta, la boca mediana, el cabello está peinado con una raya en medio y probablemente recogido en lo alto de la nuca, pues el cuello está libre. La mujer, de alrededor de cincuenta años, mira fijamente hacia la izquierda. Su ropa da la impresión de ser un quesquémetl, prenda típica de algunas etnias mexicanas. La imagen revela a una mujer valiente.

EL MATRIMONIO FELIZ

En Zimapán había un tendejón cuyo propietario era un hombre hijo de español y mujer mestiza. Se llamaba Martín Falcón y ya no era joven. Vivía solo, con muchos sirvientes, pero sin familiares, aunque en una casa cercana vivía Antonio Falcón, a quien la gente se refería como sobrino de don Martín. Antonio tenía de familia a tres hijas, una sobrina, la hija de esta sobrina y dos sobrinos más; todos eran conocidos como “los sobrinos del señor Falcón”. Si eran en realidad sobrinos o el parentesco era más íntimo, como se llegó a rumorar en la población, fue algo que nunca se aclaró.

Rosita iba cada domingo de compras a ese tendejón, siempre con Chuchita, su compañera inseparable. Año con año Chuchita creció, y cuando tuvo trece años ya se había convertido en una bella mujercita. Don Martín la veía cada semana y se enamoró de ella. Un domingo decidió hablar con Rosa. La mujer indígena escuchó al criollo y tuvo mucho miedo, porque estaba consciente de que él podía quitarle a su hija, tal como acostumbraban los hombres

ricos, criollos y mestizos en su trato con las mujeres indígenas. Para su sorpresa, don Martín le explicó a Rosa su deseo de casarse con Chuchita, y la invitó a vivir con ellos. Rosa no titubeó en aceptar la propuesta matrimonial, pues vio en ella un futuro seguro para su amada hija. Sin embargo, rechazó la oferta de dejar su casita; para ella su rancho era la herencia de su marido y representaba todo lo que le quedaba de él, por ningún motivo estaba dispuesta a abandonar ese lugar donde permaneció toda su existencia. Acordado el matrimonio, se determinó que Chuchita y su madre regresaran a su casa mientras don Martín preparaba la boda.

De este modo, El Dulce Nombre de Jesús León se convirtió en la esposa de don Martín Falcón; ella, casi una niña, llegó a vivir a la enorme casa, pero no quiso desempeñar el papel de señora al mando de sirvientes, a quien todo se le diera teniendo una mínima responsabilidad en la organización familiar. Formada por su madre según una disciplina de trabajo, decidió aprender todo lo relacionado con el procesamiento de los productos del cerdo y del pollo. Pronto fue una diestra preparadora de jamón, chuletas y todo tipo de embutidos; en sus hábiles manos, las aves se convertían en trozos de carne sin huesos. Además, su dominio de la lengua ñahñú, herencia de su madre, le facilitó el comercio con los indígenas de la región. En fin, no sólo fue esposa amorosa sino la más diligente colaboradora de su marido. La pareja del hombre criollo, mayor, barbado y ya canoso y la morena jovencita indígena fue feliz y próspera.

Zimapán, el lugar en el cual Chuchita pasaría los años de su vida matrimonial, se ubicaba en una zona de gran actividad minera. En las cercanías hay bosques de pinos, oyameles, nogales silvestres y arbustos de enebro, en los cuales viven pequeños felinos, coyotes, armadillos, zorrillos, conejos y aves, entre ellas, pájaros carpinteros. También son muy conocidos la barranca de San Vicente y los cerros de Cangandó y el Oro de los Tepozanes.

Para don Martín, Chuchita fue una joya y cada día se enamoró más de ella. Al poco tiempo de su matrimonio, nació una niña bau-

tizada con el nombre de Maternidad. El segundo hijo fue varón y le pusieron por nombre José. El tercero se llamó Ángel. El siguiente hijo fue Vicente. Cuando don Martín se enteró del quinto embarazo de su esposa, le comunicó su deseo de que su siguiente hijo llevara su nombre, pero como fue otra niña se llamó Martina. Luego vino al mundo Felipe. Pasados algunos años, nació el séptimo hijo, quien se llamó Martín. Para entonces, Maternidad, conocida como Nata, ya se había casado con un hombre llamado Jesús Ángeles; su primogénita tuvo la misma edad que su hermano menor, es decir, Chuchita tuvo su último hijo al mismo tiempo que nacía Evangelina, su primera nieta.

Los hijos del matrimonio del varón criollo y la mujer indígena tuvieron rasgos distintos, la mayoría heredó los del padre: tez blanca sonrosada, cabello castaño y ojos claros o castaños, únicamente Martina y Martín fueron morenos y con ciertos rasgos indígenas, como su madre. Esta diferencia de aspecto físico determinó que el trato hacia los hermanos no fuera igual por parte de otros familiares y la mayoría de la gente, pues la discriminación racial, aunque no aceptada abiertamente, existía en todos los ámbitos.

Nata, la hija mayor, siguió la forma de vida determinada en ese tiempo para una mujer; casada desde muy joven, se ocupó de la crianza de los hijos y, sabiéndose bella, los asuntos frívolos, como la ropa y las relaciones sociales, la atraían. Martina, al contrario de su hermana, conoció desde los primeros años la gratificante experiencia de aprender, de esta manera descubrió los amplios horizontes que la escuela le abría a su vida y puso toda su energía en los estudios. Este hecho inusual en una mujercita fue entusiastamente apoyado por su padre, quien solícito puso a disposición de su pe-queña todo aquello favorable a su formación. El gozo de aprender fue siempre procurado por Martina a lo largo de toda su vida, las experiencias relacionadas con el estudio de diversas disciplinas siempre fueron gratas y, en muchísimas ocasiones, paliaron el dolor de otras vivencias.

El 24 diciembre de 1896, don Martín padeció un fortísimo do-

lor de muelas; como la infección avanzaba rápidamente, el doctor prescribió la colocación de sanguijuelas para desinflamar la cara. En aquellos tiempos se acostumbraba colocar estos anélidos sobre la piel para que al chupar la sangre también extrajeran el pus. Las sangrías locales eran el método más eficaz para desinflamar y detener una infección, pero en esa ocasión no sirvieron de mucho, pues la hinchazón de la cara, en lugar de ceder, fue aumentando a pesar de colocar sanguijuela tras sanguijuela. Cuando don Martín se sintió muy mal, llamó a su hijita Martina y le dijo:

—Ven, mi hijita —la besó y acarició agregando—: Eres una niña muy buena, te portas muy bien, pues eres muy estudiosa, por eso te voy a dar de premio estos aretes con unas moneditas de oro para que los traigas toda tu vida. Con seguridad, conforme a tus deseos, llegarás a ser una maestra excelente.

Martina recibió muy contenta el regalo, aunque preocupada, pues se daba cuenta de la gravedad de su padre.

Al anoecer, las condiciones físicas de don Martín eran pésimas, y al sonar la primera campanada de la medianoche de esa Navidad, ya no pudo respirar debido a la gran hinchazón y murió asfixiado.

Para Chuchita la muerte de su esposo fue un golpe muy duro del que jamás se repuso; la coincidencia de esa muerte con la celebración de la Navidad cada año le causaba una inmensa tristeza. Chuchita, al escuchar la primera campanada de la medianoche, sentía nuevamente el corte fatal de su felicidad y rompía en llanto añorando a su querido esposo. Si bien su matrimonio había sido el resultado de un acuerdo en el cual no contó su voluntad, ella llegó a amar profundamente a su marido por el trato tierno y respetuoso que siempre recibió de él.

A causa de su viudez, Mamá Chucha —como la llamaron hijos y nietos—, al igual que antes le había sucedido a su madre, se convirtió en jefa de familia. Al frente del negocio familiar, siguió teniendo los recursos económicos suficientes para la formación de sus hijos. Concedora de las ventajas de la matanza de cerdos, también se

dedicó a ello, pues sabía aprovechar al máximo esos animales. Todas las mujeres de su descendencia descubrieron que la cría de porcinos es muy barata, pues las sobras de la comida sirven de alimento cotidiano; nunca hay problemas en cuanto a la limpieza, pues estos animales son limpios si se les dan las condiciones para ello. El olor de los puerquitos llegó a ser familiar en el hogar de la familia Falcón León, lo hallaron agradable y semejante al que despiden los seres humanos después de estar arropados.

Don Martín profesó la religión protestante, específicamente perteneció a la iglesia presbiteriana; posiblemente la adoptó como influencia de la propagación de esta creencia por los ingleses que llegaron a Hidalgo para explotar las minas. Para él y para su esposa la parte espiritual fue muy importante y criaron a sus hijos en un ambiente religioso. Por ello José, el hijo mayor, decidió ir a un seminario en la ciudad de Toluca. Al concluir sus estudios, José fue asignado como pastor de una pequeña congregación en esa misma ciudad.

Ángel, el segundo varón, se dedicó a estudiar inglés, pero debido a que en Zimapán no podía aprender otros idiomas, área de su interés, viajó a la ciudad de México para continuar estudiando allá, donde, finalmente, encontró trabajo gracias a su habilidad en el conocimiento de lenguas.

Cuando murió su padre, Martina tenía once años y apenas había terminado de estudiar la primaria con excelentes calificaciones, lo cual llenó de orgullo a sus progenitores. Dentro del plan de estudios de la educación elemental se hallaba la instrucción musical, y Martina aprendió a tocar la mandolina, después su interés se dirigió a la armónica y, por último, al piano. Así que al terminar la primaria sabía tocar los tres instrumentos musicales que le habían enseñado; no sabía otros porque careció de más oportunidades. También poseía una timbrada voz con la que entonaba cantos de todo tipo.

Martina quiso seguir estudiando, convencida de que su vocación era el magisterio. Dado que en la ciudad de Toluca había una escuela normal anexa al seminario, José consiguió una beca para su hermana,

pues si bien el tendejón seguía funcionando, las ganancias no eran muy grandes y quiso evitarle a su madre la presión de otro gasto adicional.

La aplicación de Martina en los estudios fue grande; al igual que en la escuela elemental, en la normal obtuvo las más altas calificaciones, lo cual complació a toda su familia, de manera especial a su madre y a su hermano José. Como resultado de su dedicación, antes de finalizar sus estudios tenía asegurado un trabajo como profesora adjunta en la ciudad de Toluca.

Al concluir el ciclo escolar, Martina fue a la casa materna para descansar unos días; no imaginó que en ese breve tiempo su vida tomaría un rumbo inesperado.

LA ILUSIÓN Y EL DESENGAÑO

El nombre de Zimapán hace referencia a una hierba (cimal o ci-mate), cuya raíz comestible también era empleada para fermentar el aguamiel. Esta población fue importante por encontrarse en medio de una zona de grandes cultivos de maguey con los que se produce pulque; asimismo los nuevos yacimientos y la cría de ganado de diverso tipo generaban abundantes negocios. El tendejón de Mamá Chucha era un sitio muy visitado y, en consecuencia, Martina, quien ayudada a atender a la clientela cuando estaba allí, era vista por mucha gente. Entre los hombres que entonces estaban en Zimapán, se hallaba un joven ingeniero de minas, Trinidad Paniagua —oriundo de Real del Monte—, a quien le atrajo Martina, tal vez por su sencillez e inteligencia.

El día anterior a que Martina se despidiera de su familia para regresar a Toluca a continuar sus estudios e iniciar un trabajo, Trinidad, quien de algún modo la acechaba, se acercó a ella y le pidió platicar unos minutos. Martina comentó esto con su madre y no le ocultó su interés en hablar con el joven. Mamá Chucha comprendió la inquietud

de su hijita y accedió a permitirle salir unos minutos.

Trinidad, una vez que Martina estuvo fuera de su casa, la invitó a caminar mientras hablaban. Había unos fresnos junto al arroyo, y entre el sonido de la hojas de los árboles movidas por el viento y el arrullo del correr del agua, la jovencita escuchó las palabras del hombre que la empezó a cortejar. Era la primera ocasión en que una voz masculina le dirigía frases halagadoras. Martina sintió emociones desconocidas e intensas, la experiencia resultaba muy perturbadora, todos sus sentidos se alteraron, por eso no se dio cuenta de que poco a poco se fueron alejando de su casa.

Cuando empezó a atardecer, la jovencita le pidió a Trinidad que regresaran, pero él siguió hablando y caminando. Poco después, Martina se percató de que ya era de noche y no sabía cómo regresar a su hogar. Trinidad le dijo que antes de retornar a su casa la llevaría a conocer a unos amigos. Martina no se atrevió a volver sola, pues desconocía dónde se encontraba, por eso aceptó ir a la visita, confiada en las palabras del ingeniero. Ella estaba muy apenada porque supuso la preocupación y el enojo de su madre y de su hermano Ángel; su ausencia se había prolongado mucho y era de esperarse un fuerte regaño, hecho nunca antes vivido porque no había dado lugar para ello.

El joven ingeniero llevó a la jovencita a la casa de sus amigos, allí ya los estaban esperando. Martina insistió en regresar a su hogar, pero todos opinaron que ya era noche para hacerlo y lo mejor era que se quedara en ese lugar, donde ya había una recámara preparada para recibirla. De pronto, los sucesos quedaron al descubierto y la adolescente se dio cuenta de la trampa; su corazón se destrozó, pues en muy breve tiempo había pasado de la ilusión al desengaño: Trinidad la había raptado sin que ella tuviera conciencia de la situación.

La conducta de Trinidad destruyó el tierno amor de Martina. La traición inesperada la hizo sentirse débil, incapaz de oponerse a la voluntad del hombre. Trinidad consiguió violentarla físicamente y al hacerlo colocó una barrera entre los dos que nunca desapareció.

Martina se resignó a ser su mujer, pero jamás lo amó como anheló hacerlo cuando recorrió a su lado el camino de los fresnos.

Al día siguiente, Trinidad se llevó a la mujercita, casi una niña, rumbo a Tulancingo. Mamá Chucha y su hijo Ángel buscaron infructuosamente al ingeniero. No faltó quien les dijera que ya no estaba en Zimapán e ignoraban hacia dónde se había ido.

Martina se embarazó a los catorce años y tuvo una niña de cabello oscuro, tez blanca y ojos claros, a quien nombró Guillermina. Después de esto, sintiéndose avergonzada por haber salido de su casa sin casarse, rogó a su marido que la llevara con su madre para pedir perdón y presentarle a su hijita. Trinidad accedió y fueron a Zimapán.

Ángel, al ver al hombre que había robado a su hermana, se enojó, lo insultó y golpeó reclamándole su cobarde proceder. Su deseo fue recoger a su hermana para ayudarla a rehacer su vida y retomar su profesión truncada; sin embargo, Martina decidió seguir viviendo con Trinidad, pues aunque no lo amaba, consideró que no tenía derecho a dejar a su pequeña sin padre. Mamá Chucha perdonó a su amada hija y rogó por su felicidad, tenía esperanza de que la alcanzara, pues el marido era profesionalista y contaba con un buen trabajo para dar a su familia las mejores condiciones; también pensó que ese hombre debía amar a su hija, quien a pesar de ser tan joven ya era una mujer preparada y con la capacidad para dirigir un hogar.

La familia de Trinidad Paniagua salió de Zimapán a los pocos días, pues la compañía minera para la cual trabajaba lo envió a El Oro. En las últimas décadas del siglo XVIII, se descubrieron minas de oro en los límites del Estado de México y Michoacán; la cantidad y calidad del metal eran sorprendentes, por lo que, llegaron a la región personas de diversos lugares para hacerse cargo de la explotación del preciado mineral. Como resultado de esos descubrimientos se fundó El Oro en 1772.

Para finales del siglo XIX, la población era un sitio donde se levantaban elegantes edificios: la estación del ferrocarril, el teatro Juárez y el Palacio Municipal en estilo art nouveau, así como otras

construcciones que todavía permanecen para admiración de los visitantes, entre ellas un templo protestante donde en la actualidad se celebran cultos conforme a la tradición metodista.

La vida en El Oro puso en contacto a la familia Paniagua Falcón con un ambiente más fértil que el de las tierras de Hidalgo donde antes vivían y con personas de origen más diverso. La fusión entre la naturaleza mexicana y el modo de vida europeo dieron a esa población características singulares que agradan al viajero hasta la fecha.

En El Oro vivió durante varios años Martina; allí nació su segundo hijo, un varón cuyo nombre fue Efraín. Seguramente, el ingeniero Paniagua participó del auge minero, se decía que encontró muchas vetas; es muy probable que la pequeña Guillermina y su hermanito crecieran sin ninguna privación, y también es seguro que a pesar de tener un esposo profesionalista, Martina no llevara una vida ociosa. Educada en la vida de trabajo, sabía hacer todas las labores femeninas que abarcaban desde la cocina hasta la confección de ropa cuidadosamente bordada y engalanada con finos tejidos. Siempre estaba ocupada en su casa y participando en la vida de la iglesia presbiteriana; es casi seguro que allí tocaba el órgano, pues la música fue una de sus ocupaciones favoritas.

A diez años de su unión conyugal, Martina volvió a embarazarse. Algo extraño debió suceder en el matrimonio, porque a los pocos meses ella y sus hijos se encontraban viviendo en Zimapán. Entre la familia hubo varias versiones para explicar este hecho, la más creíble es que Trinidad debía viajar hasta las montañas de Guerrero para explorar nuevos yacimientos, y como esos lugares eran inhóspitos y su esposa estaba embarazada, lo recomendable era dejar a la familia en casa de Mamá Chucha. Junto con este argumento, de conversación en conversación se aludía a las tensas relaciones de Martina con sus dos cuñadas, quienes nunca estuvieron contentas del matrimonio de su hermano con una mujer morena y de ascendencia indígena. Otro oscuro rumor agregaba que la maldad de esas mujeres se había vertido en una infame calumnia contra

Martina a causa de las visitas frecuentes de su hermano menor, con quien estaba muy ligada.

El hecho fue que antes del verano de 1909, Trinidad Paniagua se separó de Martina y nunca más volvieron a verse como esposos. Cuando nació su tercer descendiente, una niña, se le avisó y él indicó que debía llamarse Elvira. Esta pequeña no tuvo los ojos claros y su tez fue morena clara, por lo que algunos familiares la llamarían la Prietita, marcando la diferencia física con sus hermanos mayores.

Durante el periodo previo al parto, Martina había estado recibiendo dinero de su marido para el sostenimiento de la familia y los gastos del nacimiento. Ella lo había tomado al considerar esta acción adecuada, pero cuando le llegaron noticias de que Trinidad tenía otra mujer y que estaba embarazada, Martina dio por concluida su relación matrimonial, regresó el dinero e informó que en el futuro no aceptaría nada más. Quizá en esta decisión también influyó el dolor provocado por murmuraciones en torno a supuestos amoríos entre Trinidad y su cuñada Nata, los cuales darían como resultado el nacimiento de Delfina, una niña sumamente parecida a Guillermina. Lo cierto es que la relación entre las hermanas no fue muy cordial, pues Nata con frecuencia era te-ma de chismes por su inestable vida afectiva.

A pesar de esta ruptura, pocos años después Martina restableció comunicación con el padre de sus hijos, sobre todo porque estaba muy interesada en que conociera a la menor y comprobara la semejanza de sus rasgos con los de él, de este modo pensó poner fin a las calumnias sobre la paternidad de la pequeña Elvira.

Estando nuevamente al amparo de su madre, Martina ayudó en la atención del tendejón. Para entonces, José había emigrado a Estados Unidos a raíz de unos sucesos violentos. Meses antes había sido enviado a abrir una misión evangélica en alguna ranchería del Estado de México. Su conducta y sus palabras habían convencido a varios hombres de alejarse del alcoholismo; este cambio en sus vidas trajo consigo otros, de tal modo que su conducta se modificó

radicalmente. Al cacique del lugar no le agradó esto y soliviantó a personas fanáticas. La furia llegó a tal punto que una noche, mientras el reducido grupo evangélico celebraba una reunión, una turba llegó dispuesta a quemar la capillita con todos los asistentes. Afortunadamente, todos pudieron huir. José y su familia llegaron caminando a Toluca, donde recibieron ayuda. Dado que el cacique había amenazado de muerte al joven pastor, los misioneros estadounidenses decidieron protegerlo enviándolo a su país. Allí, José continuaría su ministerio y sus estudios teológicos. Desde aquel país mantuvo correspondencia con su madre y hermanos, pero nunca los volvió a ver. Sin embargo, no olvidó a su madre y, puntualmente, cada mes, le enviaba una moneda de oro, misma que Mamá Chucha guardaba en un cofrecito, pues no se atrevía a gastar un dinero que consideraba casi sagrado por provenir de las ofrendas.

Ángel ya vivía en el extranjero; las fotografías de aquellos años lo presentan como un hombre elegante con arrogante perfil europeo, muy diferente de la apariencia de sus hermanos Martina y Martín. Vicente se hallaba trabajando en el área administrativa de las Cajas de las Minas de Pachuca y había iniciado su propia familia. Felipe y Martín continuaban viviendo con su madre. Martín, quien había quedado huérfano de padre a los nueve meses, era muy enfermizo y no había conseguido completar algunos estudios ni aprender un oficio. Felipe, por su parte, se dedicaba la mayor parte del tiempo a la diversión. Conocedor de esta situación, José aconsejó a su madre que enviara a su hermano al seminario presbiteriano en la capital del país, institución a la cual podía recomendarlo debido a su carácter de pastor en la misma denominación protestante.

Mamá Chucha arregló todo lo necesario para el ingreso de su hijo al seminario, pensaba que al igual que su hermano mayor, Felipe hallaría en el ministerio pastoral la razón de su vida y llegaría a ser un hombre de bien. Con el equipaje preparado y el dinero suficiente para el viaje, la mujer, ilusionada en el futuro, despidió al joven. Pero unas semanas después recibió un aviso del seminario informándole

que Felipe había abandonado los estudios a los pocos días. Angustiada por no saber el paradero de su hijo y al tener noticias sobre levantamientos, Mamá Chucha decidió viajar a la ciudad de México para encontrar a su hijo. Pensó que lo mejor era acompañarse de toda la familia, por lo que pidió a unos conocidos que se hicieran cargo de su casa y de la tienda mientras ella estaba fuera.

Ya en la ciudad de México, indagando con conocidos y compañeros de su hijo, supo que se había inscrito en el Colegio Militar. Ante los hechos consumados, la mujer se resignó y tuvo que hacerse a la idea de que su hijo sería militar en vez de ministro protestante.

Aunque ya estaba en el poder el presidente Madero, aún había luchas en diversos puntos del país y no era fácil viajar, por lo que Mamá Chucha no pudo regresar pronto a Zimapán. Tras varios días de espera, una vez conseguidos los boletos para el tren, la familia retornó a su lugar de origen. Allí se encontró con la terrible sorpresa de que los encargados del patrimonio familiar se negaron a regresárselo: no había ningún documento que probara que la propietaria era Mamá Chucha; en esas circunstancias, los usurpadores mintieron aduciendo una compra inexistente y despojaron a la familia Falcón León de sus propiedades.

Frente a estos sucesos, Martina se dio cuenta de que debía enfrentar la situación y hacerse cargo de sus hijos, su madre y su hermano menor; para ello, decidió mudarse a la ciudad de México, donde su vida volvería a cambiar de manera abrupta.

La información sobre este periodo en la vida de Martina no es muy precisa; todo hace suponer que al principio trabajó como maestra todo el día, dejando a su madre el cuidado de sus hijos. Más tarde, aprovechando los conocimientos de Mamá Chucha y con un dinero que Trinidad consiguió darle al joven Martín, estableció un pequeño comercio con base en la matanza de cerdos. También se entiende que las ganancias fueron muy pocas y sólo les permitían sobrevivir.

De aquella época procede una fotografía de los tres hijos de Martina: Guillermina, de trece años, luce una cabellera larga ondulada

—producto de alguna acción particular, pues era lacia—, adornada con un pequeño listón; tiene un vestido de color con mangas cortas y encajes y en la mano derecha sostiene unos guantes blancos. Efraín está recargado en el tronco cortado de un árbol, sobre el tronco está un sombrero claro de paja. El niño de once años está peinado con el cabello corto, partido a la izquierda, viste un conjunto de pantalón, camisa y corbata de una tela oscura con rayas, en un tono todavía más oscuro, en el bolsillo de la camisa se asoma la punta de un pañuelo blanco, calza botas negras altas. Elvira, con solo tres años, está parada encima de otro pedazo de tronco menor que en el que está apoyado Efraín, su cabello corto está acomodado en “colitas” detenidas con listones atados en moño; su vestido, claro como el de su hermana, tiene un cuello amplio, el talle bajo y encajes en el cuello y en la orilla de las mangas que casi le llegan a las muñecas; sobre su brazo derecho está parada un ave de plumaje semioscuro viéndola, su mano izquierda toca el hombro derecho de su hermano. Las dos niñas portan collares, en el de Elvira se nota un medallón, ambas calzan botines negros. Al fondo de la fotografía se ve el dibujo de un árbol, el ambiente reproducido es el de un espacio en medio de un bosque. Los tres niños miran hacia el frente, sin sonreír, tal vez cansados de estar durante mucho tiempo en pose. Esta fotografía es la única con los tres hijos de Martina Falcón y Trinidad Paniagua.

Para entonces, el ingeniero se había convertido en un general del ejército zapatista. Las noticias sobre su participación en este movimiento armado son muy pocas, y algunas contradictorias. Todo hace suponer que encontrándose en las montañas de Guerrero supo del movimiento de Emiliano Zapata, y en 1914 resolvió unirse a él. Dados los conocimientos del ingeniero Paniagua, Zapata le encomendó la dirección de las fábricas de municiones para fusilería y artillería que instalaron en las haciendas de Oacalco y Atlihuayán.

Cuando acompañó a Zapata a la ciudad de México con motivo de la reunión de los jefes revolucionarios, el ahora general Trinidad Paniagua se comunicó con Martina para ver a sus hijos, en lo que ella

estuvo de acuerdo, pues quería sobre todo que su marido conociera a la pequeña Elvira.

Estos breves encuentros con su padre fueron inolvidables para la menor. Las imágenes de un hotel de lujo con espejos, grandes ventanas y elevador (al que le daba miedo subir) se grabaron en su mente junto con las visitas a tiendas en las cuales su padre la subía al mostrador y luego le compraba vestidos y abriguitos con sombrero. Todos estos acontecimientos, al igual que pasear en coche, produjeron orgullo en la nenita.

“Todo eso me hacía sentir como una princesa”—expresaba Elvira al rememorar esos días.

Nunca olvidó que al lado de su padre estuvo una mujer con un niño a quien le presentaron como su hermanito, que tenía muchos juguetes y, por consiguiente, a la pequeña le gustaba estar con él. También evocaba la angustia que sentía al anochecer cuando no veía aparecer a su hermano Efraín, responsable de llevarla y traerla a la casa materna.

“¿Por qué lloras? —la interrogaba su hermano cuando ella corría a abrazarlo y a colgarse de su cuello—. Yo no te voy a dejar” —le aseguraba. Al escuchar estas palabras, Elvira se sentía protegida.

El último regalo que la menor de las hijas de Martina recibió de su padre fueron unos aretes y un collarcito de coral, probablemente fueron sus primeras joyas. Los aretes habían sido elaborados con las pepitas de una mina descubierta en Guerrero por el ingeniero y que nunca pudo explotar debido a su participación en la Revolución.

Todos estos hechos estuvieron siempre en su memoria, pero la imagen de su padre se redujo a la silueta de un hombre alto, delgado y con un enorme sombrero; ningún rasgo de su rostro ni el sonido de su voz fueron guardados en su mente. Para Elvira, su padre fue una figura fantasmal con quien pasó unos cuantos momentos de deslumbrante gozo.

En aquellos días, Martina tuvo problemas con sus hijos mayores. Guillermina, cerca de los dieciséis años, y Efraín, alrededor de los

catorce, hicieron mucha amistad con un primo hermano llamado Samuel, hijo de su tía Nata, apodado el Pifas por su inclinación al hurto. La jovencita había concluido sus estudios elementales y no estaba interesada en continuar en la escuela ni en aprender ninguna de las labores femeninas usuales en aquel tiempo; para los dos chicos, las actividades escolares eran insulsas, por lo que procuraban otras ocupaciones más cercanas a sus inclinaciones. El Pifas convenció a Efraín para que cometieran pequeños robos al negocio de sus tíos y, a la vez, flirteaba con su prima Guille. El caso es que la prima se fugó con el primo, Martina se percató pronto y mandó avisar a Trinidad, quien envió a algunos subalternos a buscar a su hija. Después de algunas horas, Guillermina y su primo fueron hallados en una nevería disfrutando de los primeros momentos de su romance. La adolescente fue devuelta a su madre, quien valoró la situación y concluyó que lo mejor era entregarla al cuidado de su padre.

Su hermano Martín le hizo ver la conveniencia de que Trinidad también se hiciera cargo de su hijo. La convenció diciéndole: "Efraín no entiende, jura que dejará de andar con el Pifas y no lo hace. ¿Qué cuentas le vas a entregar a Trinidad si sigue los malos pasos que ha iniciado? Tú ya no puedes disciplinarlo: un niño necesita la disciplina de su padre".

Martina reflexionó intensamente en las palabras de su hermano; quería muchísimo a su hijo, pero determinó separarse de él para asegurarle un buen futuro.

Elvira narra que el día que el ejército zapatista salió de la ciudad de México, Martina llevó a sus hijos para entregarlos con su padre. Mientras Guillermina iba feliz, pues durante el corto periodo en que había estado junto a su padre ya había experimentado los privilegios de ser hija de un general, Efraín ignoraba su destino.

Al acercarse a los coches, Martina tomó de la mano a su hijo para evitar que escapara y le avisó que se iría con su padre; el niño se resistió a separarse de su madre y ella necesitó llevarlo por la fuerza.

Cuando Trinidad escuchó los gritos de su hijo y el llanto de Martina, fue a encontrarlos; ella le explicó su resolución, aclarándole sus deseos de que su hijito fuera un hombre de bien, y su confianza en él, su padre, para conseguir esto; añadió que ella tenía la seguridad de que su hijo, quien tanto la amaba, comprendería todo y más tarde la buscaría. Para calmar al niño, su padre le dijo que en cuanto creciera y fuera obediente, si quería, lo devolvería a su madre. En contra de su voluntad, Efraín se fue en compañía de la familia paterna. Trinidad, ya desde el vehículo en marcha, llamó a Elvirita para que también se fuera con él. Martina le gritó llorando: “¿Quieres matarme de dolor? ¡Ni siquiera me dejas a la chiquita! No, ella se queda conmigo”.

Y desde la acera, la madre vio, entre sollozos, alejarse a Guillermina, alegre, y a Efraín, desesperado.

Sin duda, Martina sufrió mucho al separarse de sus hijos mayores, estaba angustiada ante su incapacidad para disciplinarlos; probablemente en ese tiempo no podía estar vigilándolos porque debía atender el negocio familiar, pero haberle pedido a Trinidad que se los llevara fue humillante. Evidentemente, reflexionó sobre las condiciones de vida del ingeniero elevado al rango de general y calculó que sus hijos estarían mejor con él, por eso renunció a convivir con ellos.

Días más tarde, Martina recibió un telegrama enviado desde Cuautla, un mensaje siempre conservado por ella, que decía: “Mamacita: voy bien. Te prometo que voy a remediarme pronto. Cuando vuelva contigo seré un hijo modelo. Efraín”. Ésta fue la única noticia directa que tuvo de sus hijos, pues arreciaron las luchas revolucionarias y sólo a través de los periódicos se enteró de los acontecimientos más notorios, pero nada supo de sus hijos.

Guillermina relataría más tarde sus experiencias de esa época. Referiría el buen trato de su madrastra, el nacimiento de una nenita, su media hermana, así como su vida en el cuartel general de Tlaltzapán. El contacto con la naturaleza exuberante del trópico fue muy agradable para la adolescente; deleitarse con sabores antes desconocidos, como la exquisitez de la chirimoya, el dulzor acuoso de la

guanábana, la textura, aroma, color y gusto del mango, así como masticar la deliciosa caña de azúcar recién asada, fueron algunos de sus nuevos conocimientos.

Una vez en que se bañaba en el río, Guillermina tuvo una vivencia terrible al sentir sobre su cuerpo desnudo a una iguana arrojada por alguien deseoso de asustarla. La sensación de la piel escamosa le produjo una reacción muy fuerte, los recuerdos confusos mezclaban gritos y convulsiones; tal vez entonces se le presentó el primer ataque de epilepsia.

Existen pocos datos escritos de la relación entre Trinidad Paniagua y Emiliano Zapata. Guillermina afirmaba que era muy estrecha, ya que eran compadres dobles: Zapata era el padrino de los dos hijos pequeños de Paniagua y éste, a su vez, lo era de dos hijos del caudillo. Al parecer, por su posición de responsable de las municiones, Trinidad gozaba de la confianza de su jefe, a quien admiraba y le dio toda su lealtad, por lo que no atendió las repetidas propuestas hechas por varios compañeros para que abandonara el Ejército del Sur cuando éste fue acosado por el gobierno de Carranza.

Valentín López González, cronista de los zapatistas, cuenta que el general Paniagua murió accidentalmente a manos de su asistente en un campamento de Huachinantla, en el estado de Puebla. Sin embargo, su hija Guillermina aseguraba que los hechos fueron otros. Ella mencionaba que el día del cumpleaños de su padre, en el año de 1916, éste había dispuesto la preparación de comida para toda su tropa, así como la presencia de músicos para realizar una gran fiesta. Cerca del lugar —supuestamente, Tlaltizapán— había un montecito donde vivía un señor amigo y compadre suyo, dueño de una tienda. Este hombre mandó decir a Trinidad que lo invitaba a tomarse una copa muy de mañana, pues no podría asistir a la fiesta. El general Paniagua aceptó el convite y muy temprano, acompañado de unos pocos soldados, cruzó el montecito, llegó a la tienda del amigo y brindó con él. Mientras, a sus acompañantes les dieron bebidas muy embriagantes sin que se percataran inmediatamente de ello. Trinidad

se despidió y se marchó, ignorando la condición física en que iban sus hombres y sin sospechar la traición de su amigo. Al empezar a cruzar el montecito, se desató una balacera; en cada árbol había apostado un soldado carrancista; los acompañantes del general zapatista no reaccionaron rápido debido a su embriaguez. Una de las primeras balas penetró en la espalda del general Paniagua, y como era expansiva, le destrozó el estómago. Su guardaespaldas, un hombre muy feo, pinto y bravo como un tigre, se enfrentó a los agresores, quienes después de golpearlo salvajemente, le dieron muerte. Cumplido su objetivo, los soldados se fueron, dejando a pocos sobrevivientes; estos improvisaron dos camillas para transportar los dos cadáveres.

Guillermina recordaba haber escuchado gritos y llantos semejantes a aullidos, haber salido al camino y haberse encontrado con la primera camilla. Al descubrir el cuerpo se encontró el cadáver del guardaespaldas, que tenía los ojos y la lengua de fuera porque lo habían ahorcado; esto espantó muchísimo a la jovencita y perdió la conciencia.

Según el relato de su hija, el general Trinidad Paniagua habría sido sepultado en el mausoleo que Zapata había mandado construir en Tlaltzapán, pero por causas inexplicables, su nombre no está en las listas escritas sobre él. No importa donde haya quedado su cadáver, sus ideales, sus esfuerzos y su vida permanecieron devotamente junto al caudillo.

Sea como haya sido, la muerte de Trinidad Paniagua dispersó a sus familiares. Su mujer dispuso enviar a Guillermina y a Efraín con su madre. Reunió dinero y joyas, vistió a la jovencita con ropas humildes para hacerla pasar por indígena y consiguió la ayuda de diversas personas para atravesar los frentes de batalla. Después de varias semanas, Guillermina encontró a su madre, pero iba sin Efraín.

Para explicar este hecho existen dos versiones: una refiere que el jovencito acompañó a su hermana hasta determinado lugar, pero debido a la situación de guerra, se separaron, y él la perdió. Otra

versión cuenta que Efraín se negó a regresar con su madre a causa del rencor que le tenía por haberlo separado a la fuerza de ella, se decía que aunque su madrastra y hermana lo animaron a regresar al hogar materno, él prefirió quedarse en Morelos con el ejército zapatista. Lo cierto es que Martina nunca volvió a ver a su hijo, hasta su muerte mantuvo la esperanza de encontrarlo, sintiéndose culpable de su desaparición.

LA VIDA ERRANTE

Dadas las circunstancias caóticas producidas por la Revolución, Martina vio que el tendejón ya no era una fuente segura de ingresos y que la vida en la capital era muy peligrosa, por lo que determinó regresar a Hidalgo y buscar trabajo como maestra en las haciendas y rancherías de la región cercana a Pachuca.

Probablemente Martina, por medio de Vicente, estableció contacto con algún hacendado interesado en dar educación en su propiedad y de esta forma obtuvo su primer trabajo. Vicente pidió a su madre que se quedara con él, pero Mamá Chucha decidió acompañar a su hija adonde quiera que fuera.

La zona donde Martina ejerció el magisterio fue la región de minerales cercana a Pachuca. Quizás uno de los primeros lugares fue Velasco, pues allí Guillermina conoció a Gustavo Straffon, un joven blanco y de ojos azules de quien se enamoró. Los dos jóvenes se unieron y fueron a vivir a casa de la familia Straffon, donde la jovencita fue acogida por sus suegros, si bien sus cuñadas no la recibieron con cariño.

Debido al pronto matrimonio de Guillermina, Martina se quedó solamente con Mamá Chucha y su hija menor, Elvira, aunque siempre estuvo al pendiente de Martín, quien trabajaba en Pachuca en varias ocupaciones. Las tres andarían de hacienda en hacienda, según se presentara la oportunidad.

A Martina le gustaba trabajar en las haciendas porque le daban casa y la ración (consistente en dotación de maíz, frijol, leche y carbón), así su sueldo le rendía más. Trabajaba mucho, ya que era la única maestra y debía atender desde párvulos hasta sexto año. Cuando Elvira estuvo en edad de aprender a leer y a escribir, pasó a ser alumna de su propia madre.

Los hijos de Mamá Chucha le pedían que se quedara a vivir con ellos, así no pasaría ninguna privación, pero ella siempre prefirió estar con su hija y su nieta. En las ocasiones en que deseaba ver a sus hijos, simplemente le avisaba a Martina su decisión y se iba a verlos. Estaba con cada hijo tres o cuatro días; cada uno le daba cortes de telas —pues ella cosía a mano su ropa, la de Martina y la de Elvira—, zapatos y dinero. Cuando decidía irse, sin importar la hora del día, anunciaba su partida y ningún ruego la detenía.

“Mampuede”, era la expresión usada por ella para dar a entender que nada ni nadie cambiaría su determinación.

Para sus hijos y demás nietos, la querencia de Chuchita por Martina y Elvira era inaceptable, sobre todo el apego hacia la nieta; ella expresaba sus sentimientos diciendo: “Esta muchachita me va a cerrar los ojos el día de mi muerte”.

Mientras Martina se dedicaba a la docencia, Mamá Chucha cuidaba a Elvira, ella le enseñó a coser, bordar, tejer y cocinar. Durante los primeros años, para estar a la altura de la pequeña, a quien sentaba en un huacal volteado, la abuela se ponía de cuclillas, en esa posición podía mantenerse durante muchas horas. Además de la enseñanza de las manualidades, también se hizo cargo de que la niña aprendiera a orar.

El trabajo docente de Martina en las haciendas les permitía a las tres mujeres convivir con personas humildes y muy agradecidas, por eso, con frecuencia recibían obsequios diversos, desde “el taquito” para compartir la comida diaria, hasta animales domésticos: aves de corral, cerditos, borreguitos y chivitas que les proveían de alimentos. Estas acciones les permitían sobrevivir cuando el sueldo

no era pagado puntualmente, como sucedió en muchas ocasiones.

Cuando era posible, tenían un perro, Júpiter fue el nombre de uno de talla mediana, seguramente mestizo, al que Elvira siempre recordaría y con el cual la retrataron en medio de un campo lleno de flores de maravilla cuando ella tendría unos diez años. En la imagen, la niña sonríe feliz rodeada del aroma primaveral y acompañada por su fiel compañero. Las fuertes relaciones afectivas que se establecen con las mascotas fueron constantes en las vidas de las tres mujeres.

En cierta ocasión llegaron a una ranchería y les dieron como habitación una casita un tanto deteriorada con piso de tierra. Un niño llamado Hipólito, a quien decían Poli, les ayudó como pastor de su pequeño hato de chivitas. Él les dijo que esa casa había estado desocupada durante mucho tiempo porque allí espantaban. Desafortunadamente, pronto Mamá Chucha empezó a quejarse de sentir resoplidos muy cerca de sus oídos, tan fuertes que le producían dolor; también comentó sentir un cuerpo junto al suyo durante las noches. Le pidió entonces a Elvira que se durmiera entre ella y Martina, pero a pesar de esto, no dejó de sentir a alguien extraño, posiblemente un muerto, al lado suyo; ante tales comentarios, Elvira se negó rotundamente a volver a dormir con su abuela. Las molestias llegaron a ser muy grandes y Mamá Chucha decidió ir a visitar a sus hijos para alejarse un tiempo de ese lugar.

Poli explicó a Elvira que esos sucesos insólitos se producían porque en esa casa estaba enterrado un tesoro, la prueba indiscutible era una flecha pintada sobre una de las paredes encaladas, y la convenció de buscarlo. Un día, mientras Martina estaba en la escuela, el pastorcito consiguió una pala y con ella los dos niños empezaron a excavar en el sitio señalado por la flecha. Bajo el piso encontraron una laja con otra flecha; siguieron el rumbo señalado y encontraron otra laja con otra flecha. Durante toda esta labor, los dos niños iban imaginando todo lo que comprarían con el dinero que, suponían, pronto tendrían para ellos solos. Excavaron de lado a lado de la pieza siguiendo la dirección marcada por cada flecha que encontraron,

hasta que por fin hallaron un barrilito sellado. Recordaron haber oído que los gases expelidos por objetos cerrados por mucho tiempo y, especialmente de aquellos con dinero, eran peligrosos, por eso abrieron poco a poco el barrilito. Cuando quitaron la tapa encontraron un montón de trozos de carbón en forma de monedas. En ese momento, recordaron haber escuchado que las monedas de oro se transforman en carbón cuando una persona encuentra un tesoro no destinado para ella.

Como pudieron, acomodaron la tierra, brincaron sobre ella para apisonarla y colocaron los pocos muebles de tal modo que no se notaran mucho los trabajos de excavación. A pesar de sus esfuerzos, Martina se dio cuenta del cambio en el piso e interrogó a los dos niños. Ellos confesaron lo que habían hecho y la maestra los regañó duramente por haberse dejado llevar por su ambición y avaricia, así como por haber dado crédito a los cuentos de la gente.

Después de esto, Mamá Chucha regresó y volvió a sentir las molestias anteriores: los resoplidos y la sensación de un cuerpo junto al suyo por las noches; además, escuchaba ruidos de cadenas. Algunas personas le aconsejaron que para librarse de esas experiencias, atribuidas a muertos, les dijera groserías. El problema era que ella no sabía decir malas palabras, si bien tenía una frase para insultar cuando algo le parecía insoportable; decidió pronunciarla en cuanto se presentara alguno de los incómodos fenómenos. Y así lo hizo: “¡Vete al lomo de la caramba!”, gritó con todas sus fuerzas al sentir el resoplido en sus oídos.

Elvira aseguraba que eso fue suficiente para hacer desaparecer todas esas manifestaciones inexplicables. Este relato permite darse cuenta de las circunstancias en las cuales vivían las tres mujeres.

Una vez, Martín se enfermó gravemente y no tenía dinero para curarse. Martina supo de la situación de su hermano, pero tampoco tenía recursos disponibles. Para entonces, Felipe había reunido cierta fortuna debido a su habilidad en los negocios combinada con su condición de militar, de la cual se valía para conseguir buenas

transacciones. Martina resolvió pedir dinero prestado a su hermano para ayudar a Martín a recuperar la salud.

Pasado un tiempo, Felipe se quedó sin quien administrara un aserradero y un criadero de cerdos que poseía por el rumbo de Tullancingo. El negocio era muy productivo: vendía durmientes para el ferrocarril. Entonces pensó en pedirle a su hermana Martina que fungiera como administradora, conocedor de su capacidad y de su honradez. Ante la negativa inicial, él invocó la deuda pendiente. En consecuencia, la maestra, su madre y su hija tuvieron que irse a vivir a la enorme propiedad.

Elvira recordaría la presencia de muchos peones, así como el criadero de cerdos Yorkshire cuyo enorme tamaño y afilados colmillos le causaban mucho miedo. Durante la estancia en ese lugar, Elvira tuvo dos perritas chihuahuas (madre e hija) muy pequeñas, tanto, que las transportaba en sus bolsillos en los viajes necesarios para llevar la administración de la hacienda. La Chaquira y la Perlina le hicieron compañía y así compensaron la falta de hermanos y amigos.

Los cerdos se transportaban en el tren para su venta. En cierta ocasión, la cantidad de cerdos dentro de los vagones fue muy grande, los animales se impacientaron y empezaron a moverse. Los movimientos se fueron haciendo más frecuentes y más fuertes, al grado de que los vagones empezaron a desplazarse por las vías. Esto atemorizó a todos. Martina se dio cuenta de que si el zarandeo continuaba ocurriría un descarrilamiento y moriría todo el ganado. Pronto organizó a toda la gente, dirigió las maniobras y se controlaron los vagones. El susto fue tremendo, Mamá Chucha y Elvira contemplaron aterrorizadas el suceso, Martina mantuvo la calma mientras transcurrió todo, empero en cuanto nuevamente hubo seguridad, lloró sin control.

Los problemas con los cerdos no fueron los únicos ni los más graves, las situaciones extremas ocurrían cuando arribaban las tropas participantes en la Revolución. Felipe apoyaba a Obregón, por eso cuando llegaban soldados de este grupo se les alimentaba sin

medida: se mataban cerdos que, después de ser destazados y asados al fuego, eran devorados casi crudos por los hombres y las mujeres hambrientos. Las cabalgaduras exhaustas caían al suelo donde se les daba el pienso, muchos animales no se recuperaban y morían. Elvira se ocupaba de atender a los niños y de ayudar a las soldaderas a lavarse y curarse los pies destrozados por las largas caminatas. Al reanudar su marcha, los obregonistas cargaban granos y carne para abastecerse durante un tiempo.

Pero lo terrible era el arribo de los cavacistas, quienes sabedores de la preferencia política de Felipe tenían en la mira acabar con él, su familia y sus propiedades. Por eso, en cuanto se informaba de su cercanía, el ganado se arriaba hasta el monte para esconderlo en cuevas; generalmente, Felipe y su familia también huían hacia esos lugares para protegerse. El granero de la hacienda tenía un sótano muy disimulado y allí se ocultaban el maíz y el trigo; la casa de la hacienda estaba construida con paredes dobles, y en el espacio entre ellas se refugiaban mujeres y niños. Quien quedaba casi sola para enfrentar a los rebeldes era Martina. La mujer sufría los golpes causados por la furia de los hombres al no hallar a Felipe.

Elvira recordaría la ocasión en la cual nadie dio aviso, y mientras se hallaba en el patio cuidando a los hijos de su tío, sorpresivamente vio frente a ella a un grupo de jinetes cavacistas. Dejó en tierra a la primita que traía en brazos y corrió para notificar la inesperada visita y esconder a Felipe. La hacienda fue arrasada, pues no hubo tiempo para esconder ni granos ni animales.

La peor experiencia de Elvira fue otra vez en la que estando oculta entre las dos paredes alcanzó a escuchar los gritos de su abuela. Desesperada salió y desde una ventana vio a Mamá Chucha de rodillas implorando al jefe del grupo que ordenara dejar libre a Martina, a quien habían lazado y arrastraban con un caballo para obligarla a decir donde se escondía Felipe. Mamá Chucha explicaba la inutilidad del castigo: ni Martina ni nadie sabía con certeza el sitio donde se hallaban las cuevas usadas como escondite. Atenta a la

terrible escena, Elvira no se percató de la proximidad de un hombre y, de pronto, unos brazos la rodearon y una voz grave, muy cerca de su cara, expresó el gusto de descubrir a la jovencita y su deseo de llevársela. Elvira se encomendó a Dios y respondió a las palabras del hombre diciendo: “¡Claro que me voy con usted! Pero antes vaya a la tienda de raya, en donde están repartiendo víveres, así tendremos comida para los dos”.

El hombre no tuvo ningún recelo, aceptó ir a surtirse de alimentos y le pidió a la joven esperarlo en ese lugar, Elvira lo prometió, pero en cuanto se fue el hombre, corrió a su refugio.

Además de esas vivencias espantosas, Elvira padecería de terribles pesadillas durante semanas, luego de ver pasar los trenes atestados de cadáveres. Si eran plataformas, iban cubiertas por pilas de muertos; si eran vagones, los difuntos iban acomodados a ambos lados de la puerta dejando un espacio donde viajaban las soldaderas sobrevivientes, acompañadas de sus hijos, para quienes cocinaban en braseros colocados en medio del hedor: la muerte y la vida desfilaban juntas a través de los rieles dejando en la jovencita una angustia casi imposible de eliminar.

La responsabilidad de administrar la propiedad de su hermano era muy grande; además de los problemas con los cerdos, los propietarios de las haciendas vecinas amenazaban con invadir el aserradero por considerar ilegal la tala de los bosques de la región. Así pues, Martina decidió renunciar. Felipe trató de disuadirla, pero ella probó que la deuda había sido saldada y explicó el enorme desgaste que ella, su mamá y su hija tenían en ese trabajo. A Felipe no le quedó sino aceptar el retiro de su hermana.

Poco tiempo después de que Felipe se hiciera cargo de su propiedad, tuvo que abandonarla precipitadamente ante el ataque de los hacendados vecinos, quienes habían hecho correr la voz de que lo matarían. Por eso, la noche que los peones avisaron de la entrada de jinetes desconocidos a la propiedad, Felipe salió huyendo sin tener tiempo de llevarse su dinero, pues sólo trató de salvar la

vida.

Martina retornó a su trabajo de maestra rural, una labor si bien difícil no del todo ingrata. El problema principal eran los periodos inactivos, pues los hacendados consideraban la breve presencia de la profesora como una respuesta total a la escolarización de los niños, para ellos no era necesario que hubiera continuidad, aunque en el estado de Hidalgo, desde 1869, se había declarado obligatoria la enseñanza elemental para las niñas y niños de seis a doce años de edad. A pesar de esto, Martina no tenía ninguna seguridad laboral.

Las haciendas y rancherías cercanas a Real del Monte, Mineral del Chico, Ojo de Agua, Velasco, Huasca, San Miguel Regla e Irolo fueron los lugares de residencia del trío de mujeres. Los bosques de oyamel y encinos (de diez variedades, incluyendo los gigantes de El Hiloche) y los altos peñascos fueron el paisaje constantemente mirado por sus ojos. Las empedradas calles de esas poblaciones mineras siguen el trazo de la topografía, por lo que son angostas, pues fueron hechas para caminar o para el tránsito de arrieros. Las casas tienen poca distancia entre sí y conforman vecindades. Es común la presencia de balcones de madera con herrería, en general situados inmediatamente debajo del techo de dos aguas, de teja o de lámina; los balcones sirven como terraza, pasillo o corredor para comunicar una habitación con otra, o bien proporcionan un espacio libre para adornarlo con macetas de flores, además de dar protección a los peatones cuando llueve.

En Real de Monte se aprecia más la influencia inglesa, ya que se procuró que las casas estuvieran rodeadas de jardines, aunque fueran muy pequeños. En el cementerio de esta población se plantaron cipreses y se edificaron mausoleos al estilo inglés, por lo que se le conoce como el cementerio de los ingleses.

Con seguridad, a Mamá Chucha, a su hija y a su nieta les agradaron las comidas típicas de la región: los pastes (empanadas de hojaldre, rellenas de carne molida, papa, poro y perejil) introducidos por los ingleses, los tacos mineros (con pollo, guisados con salsa y cubiertos

con queso rallado y cebolla), las palanquetas de piloncillo prieto con cacahuates, pepitas de calabaza o nueces, así como las manzanitas de San Juan, las peritas preparadas en almíbar, los hongos exclusivos de esos bosques llamados hongorados, así como las demás frutas y verduras cultivadas en la llanura de Huasca.

En cuanto podía, Martina visitaba a su hija Guillermina, quien vivía en magníficas condiciones debido a la riqueza de sus suegros. Su marido, único hijo varón, nunca se hizo responsable de su familia, se dedicaba a la diversión: se aparecía a ver a Guillermina después del nacimiento de un hijo o hija, estaba un breve tiempo en la casa paterna, pero al llegar la época de capar los ma-gueyes (el trabajo más pesado en la extracción del pulque) o del siguiente embarazo de su mujer, desaparecía, volviéndose a presentar más o menos al año.

Al nacer su primer hijo, Guillermina tuvo un ataque epiléptico; a partir de entonces, sufriría permanentemente esta terrible enfermedad hasta su muerte. Los partos frecuentes, la ausencia reiterada del marido y los padecimientos de la epilepsia provocaron insatisfacción y amargura en la joven, quien delegó el cuidado de sus hijos e hijas en su suegra y en sus cuñadas.

A Martina le preocupaba la situación de Guillermina, sin embargo la consolaba el cariño y la solicitud de sus consuegros; sus nietos recibían todas las atenciones y no padecían ninguna privación material, aunque ni su padre ni su madre les daban el amor y la compañía esperados.

La vida de Mamá Chucha, Martina y Elvira transcurrió, durante varios años, en las haciendas de la región minera. Para la profesora, dar clases era una experiencia renovadora; cada vez que constataba en sus estudiantes un nuevo conocimiento, sentía que florecía. Compartir el gozo de aprender la llenaba de entusiasmo. A pesar de que las circunstancias no fueron las mejores —no había instalaciones ni mobiliario ni materiales adecuados—, las clases se daban en medio de la alegría natural producida por el saber.

Elvira había ido creciendo, y como siempre ayudaba a su madre,

aprendió a enseñar; en realidad no concluyó la educación primaria y pasó de alumna a ayudante de su madre.

El agradecimiento de los padres de los pequeños alumnos siempre fue muy grande y lo demostraban atendiendo cordialmente a la profesora y a su familia. De esta forma, las privaciones resultantes de los cambios de domicilio, fueron menos duras.

Debido a la preocupación del gobierno del estado de Hidalgo por proporcionar servicios educativos a toda la población infantil, se otorgaron plazas docentes y Martina obtuvo una: fue adscrita a Huasca. Al concluir un ciclo escolar, la maestra organizó el festival correspondiente. A la ceremonia asistió el cacique del lugar, quien tenía una parienta recién egresada de la normal y todavía sin trabajo. El hombre, aprovechándose de la ingenuidad de la gente, solicitó sus firmas en unas hojas en blanco y prometió adjuntarlas a un oficio para las autoridades, en el que manifestarían su complacencia por el trabajo de Martina. Días después del festival, la profesora recibió un citatorio para presentarse en la ciudad de Pachuca. En la capital hidalguense se le notificó la suspensión de su plaza porque los padres de familia de la escuela a su cargo se habían quejado de su desempeño y, en consecuencia, sería sustituida por la pariente del cacique. Desconcertada, Martina pidió aclarar la situación; regresó a la ranchería, habló con la gente y se descubrió el engaño. Una comisión se trasladó a Pachuca para hablar con las autoridades, quienes dejaron sin efecto la orden anterior. El disgusto fue tan fuerte que Martina enfermó de hepatitis y no podía reanudar las clases. Los padres de familia decidieron no admitir una sustituta, sino esperar la recuperación de su amada maestra.

Elvira contaba que la medicina prescrita por el médico de Omitlán fue la colocación de cataplasmas elaboradas con una mezcla de lama de los charcos y orines de la paciente. Gracias a este re-medio, Martina se alivió y volvió a trabajar.

De aquellos años es una fotografía de las tres mujeres. Fue tomada al aire libre y están paradas sobre el césped; detrás hay unos arbustos.

Las tres visten de negro; los vestidos de Mamá Chucha y Martina son largos y dejan ver sólo la punta de los zapatos; ambas se cubren con rebozos negros muy grandes, y las dos están peinadas con una raya en medio y seguramente con trenzas. Hay una diferencia en la forma del rostro: el de Mamá Chucha es alargado y el de Martina, redondo; el contorno del de Elvira es el término medio de los otros dos. El vestido de la jovencita también es negro, pero menos largo y da la impresión de ser de una tela transparente; el escote es redondo, con una abertura abotonada al frente, quizá las mangas no son largas; al parecer, el cabello es corto, pues se abulta un poco a los lados de la cara. Llamen la atención los zapatos blancos de Elvira, es muy probable que fueran los únicos —o los mejores— que tenía y por eso, a pesar de desentonar, los usó ese día. Las tres miran hacia el frente, las dos adultas con una expresión grave. Mamá Chucha tendría unos sesenta y ocho años, Martina cuarenta y uno y Elvira sólo diecisiete. La joven, un poco más alta que su madre y su abuela, está en medio de ellas, abrazándolas; este gesto permite captar el profundo lazo afectivo que las unía.

TIEMPO DE DECIR ADIÓS

Aparentemente, Martina, a pesar de su complexión menuda, no mostraba ningún problema severo de salud; sin embargo, comenzó a sentirse sin energía y a dormir durante periodos cada vez más largos. Para no interrumpir la atención de niñas y niños, cuando era necesario, Elvira fungía como su sustituta.

La somnolencia de Martina fue aumentando, hecho que al principio no alarmó a nadie. Fue visto como anormal por la propia mujer cuando se sorprendió de permanecer dormida durante más de un día, por lo que decidió consultar a un médico. Al no obtener un diagnóstico preciso, viajó a la ciudad de México para buscar ayuda. Tampoco en la capital los doctores consultados lograron determinar

el origen de su sueño. El médico de Omitlán le recetó unos polvos para diluir en agua, lo que interrumpía el sueño permitiéndole despertar; así controló durante cierto tiempo su falta de energía.

Si bien la familia no le dio ningún nombre al padecimiento y se aceptó su falta de identificación, es muy probable que el mal fuera resultado de la convivencia con los cerdos en el criadero de Felipe. Se sabe que los porcinos transmiten un tipo de narcolepsia, conocido como síndrome del fatty boy de Dickens, cuyo síntoma principal es un deseo irresistible de dormir a cualquier hora; quizás ésta fue la enfermedad padecida por Martina.

Sabiendo que Elvira estaba a su lado para apoyarla, Martina regresó a su trabajo de maestra rural. La forma de vida austera, impuesta tanto por la escasez de los recursos como por la formación recibida, hacía llevaderas las dificultades. Además, la fortaleza proveniente de una vida espiritual disciplinada otorgaba a las tres mujeres una plácida felicidad.

Si era posible, los domingos viajaban a Pachuca para asistir al culto religioso de la congregación metodista a la que se unieron, pues en esa región no había iglesias presbiterianas. Martina observó rigurosamente los preceptos de su religión: ganaba y ahorraba lo más que podía, ayudaba a quien se lo solicitara y ofrendaba tiempo y dinero para el mantenimiento de su iglesia; la lectura y estudio de la Biblia fueron parte esencial de sus ocupaciones cotidianas.

Cuando, contra sus previsiones, no tenía dinero para aportar el diezmo ni una ofrenda mínima, se hacía cargo de la limpieza del santuario: ayudada por su hija, enceraba y pulía el piso de duela y limpiaba las bancas de madera; sus esfuerzos se dirigían a que luciera impecable el interior del edificio de estilo románico le-vantado en 1900, en el centro de Pachuca. Uno de los principales propósitos de su presencia en el templo era tocar el órgano, ella nunca tuvo un piano propio, por lo que en la iglesia hallaba la única oportunidad de disfrutar del placer de tocar. La música fue, junto con la enseñanza, una de sus actividades favoritas. En los

sa-lones de clase de sus improvisadas escuelas del campo se oía el melodioso sonar de la armónica, único instrumento musical accesible para ella; acompañaba los quehaceres domésticos entonando himnos religiosos o canciones sencillas: cantar era una forma de agradecer a Dios su compañía.

A pesar de la consulta a varios médicos y de seguir disciplinadamente sus instrucciones, la somnolencia fue en aumento, la medicina ya no respondía con la misma prontitud de antes y los periodos de sueño se alargaban por varios días. En esas condiciones, la profesora todavía se mantuvo trabajando unos cuantos ciclos escolares. Pero llegó el momento en que ya no le fue posible seguir activa; Elvira ayudaba mucho, pero no podía ser la responsable porque no tenía la acreditación necesaria. Entonces Martina se dio cuenta de que necesitaba ayuda y se la pidió a su hermano Vicente.

Todos los hijos de Mamá Chucha ya habían formado su propia familia. José se había casado antes de irse a Estados Unidos con Herlinda Castelazo, madre de sus nueve hijos; Ángel había contraído matrimonio con Lili Stevens con quien tuvo cuatro hijos; la esposa de Vicente era Ana Arteaga, con quien procreó dos hijos; Felipe era, junto con Elvia Hernández, el padre de siete hijos, y Martín, el hermano menor, se había unido a Elodia Alanís, quien ya tenía una niña llamada Rosa, y que el menor de los Falcón León adoptó.

A escasos años de casada, Ana, la esposa de Vicente, enloqueció. Un día, al regresar de su trabajo, el hombre vio desde lejos a su mujer asomada al balcón cantando con voz fuerte mientras arrullaba un atado de ropa. Al llegar a la sala, Ana le ordenó guardar silencio, pues podía despertar al imaginario bebé. Vicente trató de calmarla, pero ella se enfureció y se abalanzó sobre él de tal modo que fue evidente su falta de conciencia. Los médicos diagnosticaron una demencia incurable, y Ana tuvo que ser internada debido a sus crisis agresivas. Vicente se quedó con sus dos hijos pequeños, Daniel y Carmen, pues no quiso cederlos a los abuelos maternos. Pocos años después encontró una nueva pareja en Paula Castañeda Mayoral,

sorprendentemente muy parecida a su primera esposa, y quien amorosamente se hizo cargo de los niños. Cuando Martina le pidió ayuda a su hermano, hacía poco tiempo que Paula había iniciado su vida matrimonial con Vicente.

Aunque el sueldo de Vicente era muy modesto, acogió a su madre, a su hermana y a su sobrina en el departamento donde habitaba en la ciudad de Pachuca, en una calle paralela al cauce del río de las Avenidas. El espacio era muy reducido, pues únicamente tenían la sala, el comedor, la cocina, el baño (conformado por el excusado) y dos recámaras; allí se hicieron caber los cinco adultos y los dos pequeños.

El departamento estaba amueblado con gusto, tanto en la sala como en la recámara principal y en el comedor había espejos. La cocina era muy sencilla: el fogón estaba construido y el fregadero se hallaba junto al lavadero, en el pasillo. Éste estaba lleno de macetas de begonias y geranios, así como de jaulas con pájaros chifladores. El aroma del romero, el cilantro, el pápalo, los chiles en vinagre, el chile chipotle en escabeche y los chiles frescos se percibía desde el inicio de la escalera. En este ambiente acogedor vivió Martina sus últimos días.

Durante los muchos años en que anduvo de lugar en lugar enseñando a niñas y niños de diferentes rancherías alrededor de las haciendas, Martina, sin duda, pasó momentos en que sintió la necesidad de un compañero; la manera como se efectuó su matrimonio no llenó sus expectativas de una unión fundada en el mutuo compromiso. Probablemente en algunas noches de tormenta y frío ansió tener a su lado a un hombre con quien compartir las múltiples decisiones inherentes a la crianza de los hijos, al desempeño de un empleo, en fin, a los variados asuntos de la existencia. Siendo mujer de un solo hombre, Martina, al igual que su madre, no buscó otra pareja, sino que permaneció sola.

Elvira recibió de su abuela y de su madre un mensaje de fortaleza y gozo. Obtuvo seguridad porque Martina no puso su mira

en adquirir objetos y propiedades, su vida trashumante la obligó a reducir sus poquísimas pertenencias a la ropa de ella y su familia y a los enseres domésticos indispensables.

Martina, su madre y su hija eran amantes de las plantas, en cada lugar donde estuvieron debieron cultivarlas, disfrutar sus flores y desprenderse de ellas al salir a otro rumbo. Quizás esta imposibilidad de apegarse a algo promovió su crecimiento espiritual. Quien sabe desprenderse de lo material, va desarrollando la capacidad de decir adiós. Y, además, aprende en cada adiós.

Para Martina la vida no fue una serie de sufrimientos, sino la oportunidad de servir, de compartir y de disfrutar; pudo servir a muchas personas: a las niñas y a los niños que fueron sus alumnos, a los padres de familia con quienes convivió, a los congregantes de las iglesias a las que asistió y, sobre todo, a su propia familia. Se hizo cargo de su madre, de su hija Elvira y, el tiempo que fue necesario, de su hermano menor Martín.

La fuente de su fortaleza fue la experiencia espiritual que desarrolló a lo largo de toda su existencia; más allá de las prácticas religiosas, estuvo plenamente convencida de que cada amanecer puede ser una bendición. En su jornada de fe hizo de cada día un canto de gratitud y de servicio.

Cuando Martina aceptó la hospitalidad de Vicente, su hija Elvira le administraba la medicina (los polvos diluidos en agua) para sacarla del letargo en que caía. No era fácil lograr que tomara el líquido, debido a que cerraba perfectamente su dentadura, pero de algún modo la medicina hacía efecto, si bien los periodos de somnolencia iban agrandándose. Ante ello, se decidió consultar a otro doctor, quien prescribió inyecciones de vitaminas para ayudar al fortalecimiento físico.

El médico de Omitlán le había advertido a Elvira el grave peligro de inyectar a la enferma, pero la joven no consideró ninguna amenaza en las vitaminas. Sin embargo, un cambio inesperado se produjo en el estado físico de Martina. En lugar de despertar, sólo

abría los ojos cuando la sentaban, ya no pudo hablar y con dificultad movía los brazos, más no las piernas. Postrada en la cama, dependía de ayuda para el menor movimiento. Elvira la sentaba apoyándola en su pecho, le daba de comer y la aseaba; Martina sólo respondía a las preguntas cerrando los ojos para indicar una afirmación. En silencio, llorando, veía a su madre y a su hija.

En esta situación de invalidez total estuvo algunos días. Una tarde hizo señas para que su madre y su hija le dieran las manos, después solicitó la de su hermano Vicente y al tenerlas juntas las apretó.

—Sí, hermanita, ya entendí que me encargas a mamacita y a tu hija —le respondió el hombre—. Yo las cuidaré, pero no te preocupes, te vas a aliviar.

Sin embargo, la ansiada mejoría no llegó. Una mañana en que Elvira sostenía a su madre sentada, escuchó un ruido:

—Se le quebró el corazón —exclamó la joven entendiéndolo que su madre había muerto.

Era el 21 de julio de 1931, sólo había vivido cuarenta y seis años.

Martina fue sepultada en el panteón de Pachuca, situado entonces en una ladera, en medio de eucaliptos, cipreses y fresnos mecidos por el frío viento característico de esa ciudad.

Mamá Chucha y Elvira se quedaron a vivir con la familia de Vicente; Paulita les dio un trato cariñoso. Ángel quiso llevarse a su mamá, pues consideraba que podría vivir en mejores condiciones con él; Felipe trató de convencer a su sobrina de ir a vivir con él, el carácter tierno y firme de la joven le permitía confiar en ella para que colaborara en la crianza de sus hijos. Ninguna de las dos mujeres aceptó salir de la casa donde Martina las había dejado, tampoco Vicente lo hubiese permitido.

Elvira trataba de obtener dinero para solventar alguna de sus necesidades, pues se sentía mal de depender totalmente de su tío y padrino. A escondidas de él, cosía prendas delicadas, como bordar letras con cabello en pañuelos, tejer diversas labores en crochet y anudar con la técnica de macramé las delgadísimas puntas de los

sarapes de Saltillo usados por los charros —grupo en el cual se incluía a los integrantes de la Orquesta Sinfónica del estado, conocida como la Banda de los Rurales—; habilidades todas aprendidas de su abuela.

Una fotografía registra la imagen de Mamá Chucha en ese tiempo. En la superficie claroscuro se distingue a una anciana sentada en un sillón de palma de respaldo bajo. En su rostro alargado, la piel cubre los huesos casi sin carne, por lo que la nariz aparece muy afilada, los labios están hundidos; en el cabello se notan algunas canas, pero no es totalmente blanco. Tiene el ceño fruncido porque se nota que le molesta la luz solar. Las largas y enflaquecidas manos descansan sobre el regazo. Viste descuidadamente, da la impresión de que la fotografiaron por sorpresa. Sin embargo, en el semblante no hay ningún indicio de amargura.

Una vez, cuando Elvira peinaba a Mamá Chucha, se dio cuenta de que tenía una pequeña protuberancia en la cabeza; se dedicó a observarla y vio como iba creciendo con lentitud. Vicente fue avisado del hecho y él, a su vez, les informó a sus hermanos. La anciana fue llevada con el doctor y, tras algunos análisis, el diagnóstico fue un tumor maligno, por lo que se prescribió una cirugía inmediata. Ángel y Felipe arreglaron la operación de su madre y pronto se extirpó el tumor. Después siguieron las sesiones de radiación, para lo cual Mamá Chucha era trasladada a la ciudad de México sin la compañía de su nieta, situación molesta para ambas, pues eran forzadas a separarse.

En la familia había la esperanza de haber detenido el cáncer, confianza que se basaba en la ausencia de malestares. Pasados unos meses, cuando el cabello ya había vuelto a cubrir el cráneo con pequeños rizos, los dos dedos gordos de los pies y el dedo meñique de la mano izquierda de Mamá Chucha se pusieron negros. Al analizar estos cambios, el médico infirió que el cáncer había hecho metástasis en varios órganos internos y ya nada se podía hacer para detener la enfermedad.

Mamá Chucha nunca sintió dolor ni ninguna molestia. La muer-

te le llegó sin sufrimientos. La noche del 11 de octubre de 1932 se durmió y ya no despertó a la mañana siguiente. Tal como lo había predicho, Elvira, su muchachita, le cerró los ojos.

La joven huérfana sembró sobre las tumbas de Martina y Mamá Chucha plantas de lirios azules, su flor favorita. Los lirios no se cultivan para florerías, no son plantas elegantes, son sembradas por aficionados a la jardinería. Estas plantas, originarias del Oriente, aúnan la delicada hermosura de sus flores con la fuerza de sus resistentes tallos: esparcen el sutil prodigio de su belleza, pero no se quiebran con facilidad, sino que resisten los malos tratos.

Ninguna otra flor podría representar mejor el carácter de las mujeres que, como Rosa, Chuchita y Martina asumen el compromiso de la dirección de una familia: ellas son cual lirios inquebrantables.